



LA VILLA-FORTALEZA DE CASTELLAR DE LA FRONTERA: ESTUDIO Y DESCRIPCIÓN.

Antonio Torremocha Silva / Lcdo. en Geografía e Historia por la U.N.E.D.

INTRODUCCIÓN.

La fortaleza de Castellar de la Frontera (Cádiz) es uno de los escasos ejemplos de núcleos fortificados medievales que ha permanecido habitado hasta nuestros días sin significativas modificaciones en su estructura. Esta circunstancia y el hecho de encontrarse los diversos elementos constructivos que la componen en excelente estado de conservación, la convierten en un objetivo de gran interés para el conocimiento de los reductos defensivos bajomedievales enclavados en las fronteras del reino de Granada.

Se encuentra situada en las últimas estribaciones de la Sierra del Aljibe, en la cima de un elevado promontorio y al borde mismo de los amplios valles que discurren desde La Almoraima hasta la Bahía de Algeciras. Está

separada de esta ciudad veintiocho kilómetros y se accede a la fortaleza a través de la C.N. 340 –hasta el cruce de Taraguillas– y desde allí a través de la C.C. 3.331 hasta el Convento de La Almoraima, donde se inicia una estrecha y serpenteante carretera local que conduce hasta el pie mismo de la fortificación.

Entre los siglos XIII y XV los nazaríes organizaron un perfecto sistema defensivo a partir de la cadena de fortalezas que levantaron sobre la cumbre de las principales sierras que bordeaban su reino, con el fin de salvaguardar sus fronteras de las incursiones castellanas. No había una sola sierra de importancia en las cordilleras Sub-béticas que no tuviera un castillo roquero o su villa-fortaleza con el alcázar o mansión del alcaide cabalgando sobre su muralla. “*Un buen número de estos castillos fue-*



Alcázar de Castellar de la Frontera.

ron *construídos lejos de las ciudades, sobre crestas rocosas de acceso difícil, pero gozando de amplias vistas sobre los valles y lugares que pudieran prestarse a los ataques cristianos*" (1). Aunque la invasión del territorio por los ejércitos enemigos era inevitable, el asedio continuado y la conquista de las fortalezas resultaba muy difícil, debido a la situación inaccesible de los castillos y a la ayuda que, en los momentos de peligro, enviaban los reductos del mismo distrito libres del asedio.

Castellar de la Frontera formó parte, entre los siglos XIII y XV, del sistema defensivo del reino de Granada en la llamada frontera Sudoccidental. Esta línea de fortificaciones estaba formada –además de la villa-fortaleza de Castellar– por los castillos de Jimena, Zahara, Setenil, Tavizna, Torre Alháquime y Olvera.

El reducto de Castellar se puede inscribir entre las fortalezas defensivas de mediana importancia, pudiendo-

sele situar entre los grandes complejos defensivos –Algeciras, Málaga o Gibraltar– y los castillos roqueros de escasa guarnición, como Tavizna o Torre Alháquime. Es de planta irregular, formando un pentágono de lados desiguales que se adapta perfectamente a las sinuosidades del terreno sobre el que se asienta. En algunas zonas, los lienzos de la muralla son prolongación de los farallones rocosos que forman el promontorio.

En lo que respecta a su origen, como la mayor parte de la frontera granadina, su construcción data de los siglos XIII y XIV, aunque algunos elementos fueron añadidos en época cristiana (siglos XVI-XVIII).

Este tipo de fortificaciones se levantaba en lugares estratégicos, cerca de caminos, con la finalidad de impedir la entrada de enemigos y vigilar las vías de comunicación. Generalmente se edificaban sobre otras construcciones anteriores –torres fuertes o castillos– elevadas por

los romanos o los musulmanes andaluces o africanos.

LA ARQUITECTURA MILITAR HASTA EL SIGLO XII.

El origen de las primeras fortificaciones y amurallamientos se remonta a tiempos prehistóricos. La inexistencia de armas defensivas eficaces obligaba a los hombres de la Edad del Bronce a instalarse en lugares dominantes que cercaban con toscos murallones de piedra sin trabajar y colocadas a hueso.

Pertencen a la época de las colonizaciones (III a I milenio a de C.) los restos de fortificaciones más antiguos conservados en la Península Ibérica. Los pueblos orientales prospectores de metales que desembarcaron en el sudeste peninsular, edificaron bastiones defensivos en la cima de colinas cercanas a valles fértiles como habían hecho en sus países de origen. A aquellos pueblos se deben las ruinas de Los Millares, sobre el río Andarax (Almería), con un doble recinto de murallas reforzadas cada cierto trecho con torrentes circulares.

Cuando las fortificaciones se contruían en terreno llano era necesario reforzarlas con doble cerca, torres de tipo diverso, e incluso fosos (2).

Los romanos construyeron torres y castillos y amurallaron ciudades, especialmente las situadas en las fronteras y comarcas amenazadas, al decaer el poder de su Imperio. En algunos lugares aprovecharon las fortificaciones levantadas por los pueblos que habitaban el país antes de ser conquistado. Así ocurrió en la Península Ibérica, donde construyeron fortalezas y amurallamientos sobre las ruinas de los antiguos recintos ibéricos y celtas. Como escribe Sarthous Carrerés: “*Cuando (los romanos) no pudieron disponer de fuerzas suficientes para guarnicionar los campamentos permanentes... necesitaron aumentar el valor defensivo de las obras, surgiendo los castillos fronterizos en puntos estratégicos, caminos y poblaciones...*” (3). De estos “*castella*”, sólo han llegado hasta nosotros algunas cimentaciones y torres aisladas.

Es durante el período islámico cuando los castillos, erigidos –sobre todo en los siglos XIII y XIV– en lugares

casi inaccesibles y reforzados con avances arquitectónicos que los hacen inexpugnables, ocupan el lugar predominante que merecen en la historia de las construcciones militares (4).

“*El castillo árabe se distingue por su amplio recinto y altos muros flanqueados por torres de planta cuadrada, generalmente de igual altura que los muros o sobresaliendo poco de ellos. Su fábrica, muy frecuentemente, es de tapial con verdugadas de ladrillos y aristas de este mismo material o de piedra. Los muros y torres están siempre coronados por almenas que, a veces, se rematan en agudos prismas llamados ‘puntas de diamante’*” (5).

En los primeros tiempos de la conquista musulmana, los edificios reflejaban más la influencia de los monumentos indígenas que la oriental. Gracias a esa preferencia por ciertas formas de arte hispano, no tarda la arquitectura en adquirir fisonomía propia. Así, los muros de los palacios y fortalezas se construyen utilizando elementos visigóticos y romanos: arco de herradura, aparejo de sogá y tizón, empleo de capiteles visigodos o clásicos, etc.

Sin embargo, con el paso de los siglos y a través de contactos directos o indirectos con Oriente, las fortalezas hispano-musulmanas recibirán una fuerte influencia de la arquitectura militar bizantina. Como se verá más adelante, la mayor parte de los elementos constructivos de las fortificaciones de los siglos XIII y XIV tienen su origen en las construcciones bizantinas con las que habían tenido contacto los árabes en su avance hacia el Norte –Siria y Palestina–, unidos a otros recibidos en el Norte de África y, sobre todo, en España.

Las escasas fortalezas que nos quedan en buen estado de conservación del período califal, demuestran un especial interés por la regularidad –se buscan terrenos llanos para su construcción–, tanto en las plantas como en los aparejos, paramentos y en las torres, las cuales tienen la misma altura que el resto del recinto murado. Un ejemplo cercano de castillo califal lo encontramos en Tarifa, cuya fortaleza se ciñe a las características que se acaban de exponer.



Muro principal y barbacana (Fortaleza de Castellar de la Frontera).

Durante el período de los reinos Taifas, la arquitectura militar continua evolucionando a partir de las formas califales. Un empobrecimiento en los materiales constructivos (empleo de sillarejo, ladrillo y mampuesto), una tendencia al barroquismo en los interiores y una provincialización del estilo son las características más destacadas de la nueva etapa.

LA ARQUITECTURA MILITAR A PARTIR DEL SIGLO XII.

Serán los almohades los que aportarán ideas originales y soluciones arquitectónicas nuevas al arte de la edificación hispano-musulmana, alcanzando las construcciones militares, en su época, un elevado nivel. Este pueblo africano, de costumbres sobrias y austeras, veía con recelo el barroquismo de los alcázares andaluces e impusieron un estilo acorde con su espíritu práctico y puritano.

Cruzaron los almohades el Estrecho en el año 1146 acabando con las segundas Taifas andaluzas e instalándose en la Península, donde habrían de tener uno de los principales centros de su cultura. El arte almohade se caracteriza por su marcada tendencia a la valoración de los elementos constructivos. Fueron maestros en el empleo del ladrillo y destacaron por las construcciones militares, entre otras cosas, por utilizar el amurallamiento llamado "de cebolla", formado por diversos recintos superpuestos, con los que se conseguía la casi total inexpugnabilidad de la plaza.

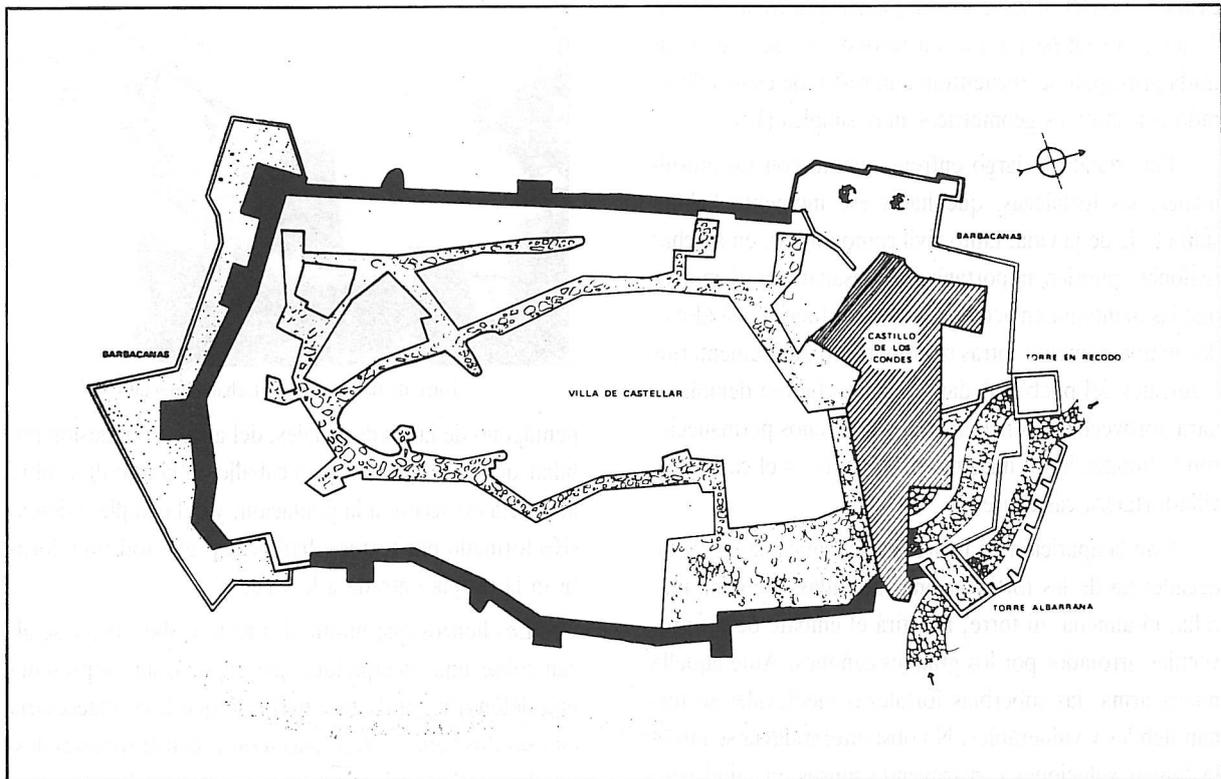
Con las invasiones africanas, las fortalezas pierden la regularidad característica de las construcciones califales, se sitúan en lugares casi inaccesibles y se adaptan a las irregularidades del terreno. Almorávides y almohades introducirán soluciones nuevas –recibidas de la pliorética bizantina– que convertirán sus fortalezas en verdaderos bastiones cuya conquista será posible únicamente por hambre y tras largos asedios.

Las aportaciones más destacadas de la arquitectura militar durante el período de las invasiones africanas, fueron las siguientes:

Torres albarranas. - Consistían en bastiones defensivos contruidos extramuros, a cierta distancia de la muralla, pero unidos a ella por una coracha o camino de ronda protegido por parapetos, a veces con almenas. Su principal función era defender una zona débil de la cerca, por ejemplo una puerta, y evitar ángulos muertos. Las primeras torres albarranas fueron introducidas en España por los almohades, siendo de las más antiguas las edificadas por este pueblo africano en las cercas de Cáceres y Badajoz (6).

Barbacana o segunda cerca. - También llamadas barreras o antemuros por las Crónicas cristianas, se trataba de un segundo recinto de menor altura que la muralla, que rodeando a ésta o a una parte de ella, impedía el ataque directo de los asaltantes contra las puertas y el muro principal, obstaculizando el acercamiento de las máquinas de asalto y la labor de zapa. El origen de las barbacanas islámicas es bizantino, aunque éstos, a su vez, heredaron la técnica de su construcción de la poliorcética romana (7).

Coracha. - Consistían estos elementos defensivos de las cercas en fuertes muros –a veces dos paralelos con camino de ronda y almenas– que, partiendo de la muralla principal o sobresaliendo de ella como en el caso de la existente en Castellar, unía a ésta con una torre albarrana situada en el exterior del recinto, o se adelantaba en las cercanías de una puerta u otra parte débil de la cerca para darles protección. Era función de las corachas cerrar el paso al enemigo, reforzar la defensa de una zona



Plano de la Fortaleza de Castellar de la Frontera.

desguarnecida o de un espacio situado en ángulo muerto y dar protección a los sitiados cuando éstos salían fuera del recinto para abastecerse de agua en una fuente o arroyo cercano. Las primeras corachas de las que se tienen noticias fueron edificadas por los almohades en el siglo XII (8).

Puertas con pasadizo en recodo.- Se abren estas puertas en torres de flanqueo o en el interior de torres albarranas que se sitúan en los caminos de acceso a las puertas principales de las fortalezas. Sus funciones consistían en obstaculizar el ataque de los sitiadores, desenfilar la puerta, posibilitar la defensa de la misma desde los flancos y, en caso de que los agresores lograran abatirla, restar fuerza a la invasión, obligándoles a penetrar en la fortaleza en inferioridad numérica. Este tipo de puertas procede de Oriente. Se extendió por el Norte de África entre los siglos IX y X, hasta llegar a Al-Anda-

lus en el siglo XI. Pero no sería sino con la llegada de los almohades en el siglo XII y más tarde con los nazaríes, que se utilizarían profusamente en todas las grandes fortalezas de Andalucía (9).

Los nazaríes continuaron empleando los mismos elementos constructivos que habían heredado del Califato y de los pueblos africanos que se habían establecido en la Península, así como de otros venidos de los reinos cristianos. La exuberante decoración de los alcázares y la aparición de la torre del Homenaje –esta última de influencia cristiana– son algunas de las innovaciones que presentan las fortificaciones granadinas. Sin embargo, las fortalezas situadas en zonas fronterizas carecían de cualquier alarde decorativo, puesto que la función principal del edificio no era servir de morada a un rico gobernador, sino ser la primera línea de defensa ante las invasiones enemigas. A pesar de ello, en algunos lugares de los

castillos –zonas de acceso a la puerta principal: enjutas de los arcos en las puertas en recodo, fachada de la entrada principal– se encuentran aún restos de estuco decorado con motivos geométricos muy simples (10).

Finalizando el largo enfrentamiento con los musulmanes, las fortalezas, que hasta ese momento habían sido el eje de la vida, tanto civil como militar, en muchas regiones, pierden importancia al desaparecer el motivo que las mantenía en actividad. Muchas fueron abandonadas tempranamente, otras se convirtieron en cementerios o corrales del pueblo aledaño, algunas fueron demolidas para aprovechar sus materiales, y las menos permanecieron habitadas hasta nuestros días, como es el caso de la villa-fortaleza castellareense.

Con la aparición de la artillería se inicia la época de decadencia de las fortificaciones muradas. Ninguna muralla, ni almena, ni torre, resistirá el embate de los proyectiles arrojados por los grandes cañones. Ante aquella nueva arma, las soberbias fortalezas medievales se tornan débiles y vulnerables. No obstante, todavía se intenta buscar soluciones construyendo muros en talud para amortiguar el impacto de las balas, y parapetos, y se construyen fortificaciones en forma de estrella, con salientes que forman ángulos agudos; mas el fin de los recintos amurallados estaba decidido (11).

Hoy día la mayor parte de las fortalezas medievales españolas están en ruinas. Las que no fueron desmanteladas en los siglos XVI y XVII, el tiempo se ha encargado de convertir en montones de piedras y argamasa. En algunos casos, bien por permanecer habitadas hasta nuestros días, bien por encontrarse incluidas en el interior de estructuras urbanas, han llegado hasta nosotros en aceptable estado de conservación. Uno de esos raros ejemplos es la fortaleza de Castellar de la Frontera.

ESTUDIO Y DESCRIPCIÓN DE LA FORTALEZA.

Trazado del recinto.

La fortaleza de Castellar se compone del recinto amurallado, que se adapta perfectamente a las irregularidades del terreno, tendiendo su planta a la forma de un



Torre de flanqueo en la fachada oriental.

pentágono de lados desiguales, del alcázar o mansión nobiliar que se halla situada, a caballo de la muralla, sobre la puerta de acceso a la población, y del complejo defensivo formado por torres y barbancas que rodean y fortifican la propia entrada a la villa.

Los lienzos que miran al sureste y al noroeste se alzan sobre una escarpadura que en sí misma representa una defensa natural muy fuerte, lo que hace innecesaria en esas dos zonas barbancas u otras construcciones destinadas a reforzar la cerca. En cambio, las fachadas noroeste y sudoeste, por encontrarse en terrenos más llanos, han debido ser reforzadas con una segunda cerca o barbancana, corachas, torres y saeteras. La fachada principal –donde se abre la puerta de la villa– se ha fortificado, además, con dos torres albarranas, puerta en recodo y doble barbancana.

Todo el interior de la fortificación está ocupado por viviendas enfoscadas y primorosamente encaladas, y cubiertas con tejas árabes a dos aguas. Las casas, de habitaciones pequeñas y oscuras, están colocadas unas junto a otras o superpuestas –cabalgando una vivienda sobre la de al lado–. En un principio sólo había casas adosadas a la muralla, aunque luego fueron ocupando el patio de armas. Se encuentran separadas por callejuelas estrechas y laberínticas, algunas de ellas sin salida, formando adarves y plazuelas.

Materiales y técnicas de construcción.

En la construcción de la fortaleza se han utilizado materiales variados y técnicas diversas, lo que avala la



Barbacana suroeste y torre de flanqueo.

opinión defendida en este trabajo de que el edificio ha sufrido varias e importantes ampliaciones y reformas a lo largo de su historia.

La mayor parte de la obra está hecha en mampostería por hiladas, aunque en algunas zonas –barbacanas de la fachada sudoeste– aparece el sillarejo bien alineado cubriendo un núcleo de hormigón formado con cantos rodados y barro. También se observan zonas de mampuestos enfoscados.

El ladrillo se utiliza en los arcos, formando las estructuras de las dovelas, en los ensolados, colocados de canto, y en los paramentos de algunas torres constituyendo verdugadas entre las hiladas de sillarejos o mampuestos. También aparece formando los ángulos de algunas torres.

En cuanto a los paramentos, hay que decir que la mayor parte del edificio presenta la piedra lisa del mampuesto con la argamasa muy erosionada. En la fachada principal y, sobre todo, en las fachadas de la torre con puerta en recodo, aún se conserva el enfoscado que cubría, en un principio, el mampuesto. En determinados lugares, el enfoscado estaba cubierto con una fina capa de estuco decorado con entrelazos y otros motivos geométricos.

El suelo de las rampas de acceso a la puerta de la fortaleza, los adarves y las calles de la villa, se hallan empedradas con piedras planas y anchas en la zona central de la vía y cantos pequeños en los bordes laterales.

El muro principal y las torres de flanqueo.

El recinto murado de la villa está compuesto por un lienzo reforzado por nueve torres de flanqueo. La altura de la muralla oscila entre los 4 y los 8 metros, siendo las torres de flanqueo de la misma altura que el muro, exceptuando la llamada *de Medina* (12) que tiene 7 metros, cuando en su zona el muro sólo alcanza los cinco.

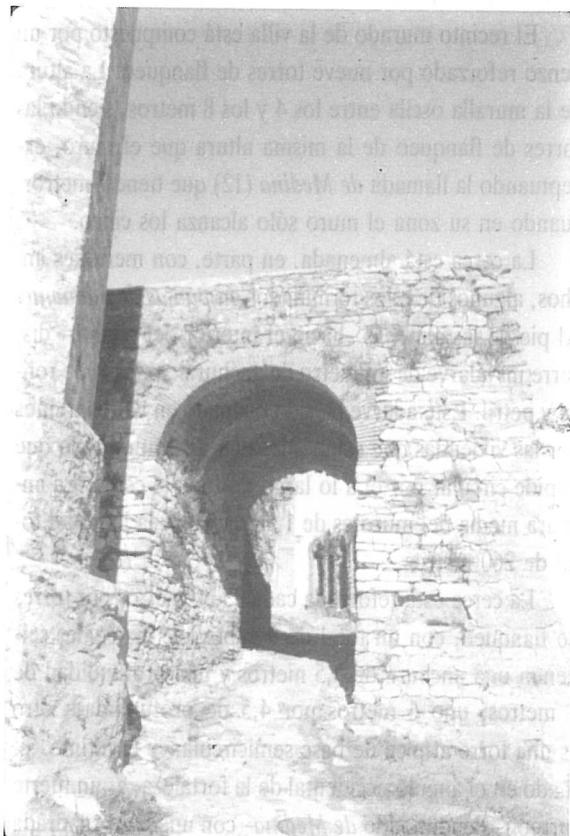
La cerca está almenada, en parte, con merlones anchos, algunos de ellos terminados en *puntas de diamante*. Al pie de las almenas –hacia el interior del recinto– discurre un adarve de un metro de anchura con paso de ronda y petril. Este adarve ha sido ocupado en varios tramos por las viviendas que están adosadas a la muralla, lo que impide circular por él a lo largo de toda la cerca. La anchura media del muro es de 1,50 metros y la longitud total de 260 metros.

La cerca está reforzada cada 25-30 metros por torres de flanqueo, con un total de 9 cubos, de los cuales seis tienen una anchura de 3,5 metros y una profundidad de 3 metros, uno 6 metros por 4,5 de profundidad; otro es una torre atípica de base semicircular, y el último, situado en el ángulo occidental de la fortaleza, es un fuerte torreón –denominado *de Medina*– con una base cuadrada de 5 metros de lado. Esta torre está almenada con seis merlones en cada fachada, terminando, los que se corresponden con los cuatro ángulos, en *puntas de diamante*.

Barbacanas.

Las fachadas nordeste y suroeste, por ser las más accesibles de la fortaleza, se refuerzas con sendas barbacanas que tienen una altura media de 3 metros. La barbacana suroeste se halla separada del muro principal entre 5 y 8 metros, avanzando hacia el exterior en ángulo agudo en los frentes de la torre *de Medina* y del torreón que cierra el vértice sur de la cerca, con el fin de mantener la misma distancia entre la barrera y la muralla principal.

En la fachada nordeste –donde se encuentra el alcázar y la puerta de acceso a la villa– se localiza una barbacana simple al pie del alcázar y en el ángulo norte del recinto. En la parte superior de esta barbacana se abren, junto a la torre albarrana con puerta en recodo, cinco



Torre albarrana con puerta de ingreso recto.

saeteras abocinadas para ballestas. En la zona que rodea la puerta de la villa se construyó un complejo defensivo múltiple, compuesto por una barbacana doble, una coracha y dos torres albarranas que contienen sendas puertas y que sirven de refuerzo y defensa al camino que conduce hasta la entrada de la villa. De las dos barbacanas, la exterior posee siete saeteras desfiladas para arcabuces, desde las cuales se podían batir fácilmente a los asaltantes que se acercaran a la primera puerta abierta en la torre albarrana y que daba inicio al camino acodado que conducía a la puerta principal. El conjunto compuesto por las barbacanas, la coracha y las dos torres albarranas daban una gran fortaleza a aquella zona, condenando al fracaso cualquier intento de asaltar la villa por su fachada nordeste. En 1504 la barbacana suroeste se hallaba en ruinas –según se desprende de un documento fechado

aquel mismo año– aunque se reconstruyó con posterioridad a esa fecha (13).

Entre la babacana y el muro principal existía –y aún existe, aunque convertido actualmente en jardín o terraza de las viviendas anexas– un espacio libre denominado *albácar*. En dicho espacio se daba acogida al ganado que pastaba en las dehesas y prados del término cuando el enemigo llevaba a cabo alguna algarada contra el territorio o la fortaleza de Castellar.

Torres albarranas.

Dos son las torres albarranas –o exteriores– que encontramos en la fortaleza de Castellar. La primera es una torre de planta rectangular y 5x3 metros de base, situada al pie del alcázar. En ella se abre una puerta de ingreso recto que da acceso al pasadizo descubierta que comunica esta torre con la siguiente. Es de mampuesto y sillarejo. El arco de entrada es de medio punto de ladrillo. Bajo la torre, la puerta se prolonga mediante bóveda de cañón, también de ladrillo, sostenida por cuatro arcos fajones (14). El paso se cerraba con rastrillo. Esta torre y el vano que contiene estaban defendidas por una coracha –de la que más adelante se tratará–, el adarve del muro contiguo y la propia terraza de la torre.

La segunda torre albarrana se halla asentada sobre una mole arenisca trabajada previamente con el fin de esculpir en ella el pasillo acodado que sostiene el cubo. Es de planta cuadrada y tiene cinco metros de altura. Su terraza se comunica con el paso de ronda de la barbacana norte. Está construida con mampuestos, aunque las albanegas muestran el ladrillo enfoscado.

En su interior se abre una puerta en recodo muy original. Se trata de un pasadizo en forma de ángulo recto cubierto por una bóveda dividida en dos tramos, el primero a nivel inferior respecto al segundo. Ambos tramos –que se insertan perpendicularmente– están reforzados por arcos de ladrillo peraltados, cuyos sálmeres e impostas se hallan embutidos en el muro.

En la fachada oeste de esta torre se abre la puerta mencionada, mediante un arco apuntado y peraltado de ladrillo, de clara ascendencia almohade (15), enmarcado

por otro de herradura cuyas impostas se encuentran al mismo nivel que la parte superior de la clave del arco apuntado. El vano de salida, en la fachada sur, se abre mediante un falso arco de ladrillo de medio punto, sostenido por otro escarzano y situados a distinto nivel que el apuntado de la entrada –debido a la pendiente existente en el suelo del pasillo interior acodado– lo que obliga a modificar las estructuras de la bóveda y los vanos.

Un antecedente de este tipo de torre con pasadizo en recodo, y uno de los más antiguos que se conservan, es –según Gómez Moreno– la torre del Arco de las Pesas en la alcazaba Cadima de Granada.

La finalidad de las puertas en recodo era obligar al atacante a girar hacia la izquierda para que ofreciera el costado descubierto –el escudo se portaba en el brazo izquierdo– a los defensores que le hostigaban desde la barbacana y el muro principal.

Uniendo ambas torres albarranas y la segunda de ellas con la puerta de la villa, existe un camino que gira 180° al pasar por debajo de la torre con pasadizo en recodo. Barbacanas, torres albarranas, puerta en recodo, etc... componen un magnífico e inexpugnable conjunto defensivo (16).

El alcázar.

Se trata de un edificio de planta naviforme que cierra la cerca por el lado nordeste. En su fachada principal o exterior se alzan dos torres, una la del Homenaje y la otra –de construcción más moderna– situada en su ángulo noroeste. Se puede decir que el alcázar es uno de los elementos arquitectónicos más remodelados de cuantos componen la villa-fortaleza.

Es un edificio de considerable altura, si lo comparamos con el resto de la fortificación, sometido actualmente a una importante restauración.

Una zona que aún se conserva en su estado primitivo y que merece destacarse por ser un elemento de clara tradición almohade y de gran originalidad, es la coracha en forma de proa de nave que sobresale del edificio en su lado oriental, y cuya finalidad era dominar y defender la puerta abierta bajo la primera torre albarrana.



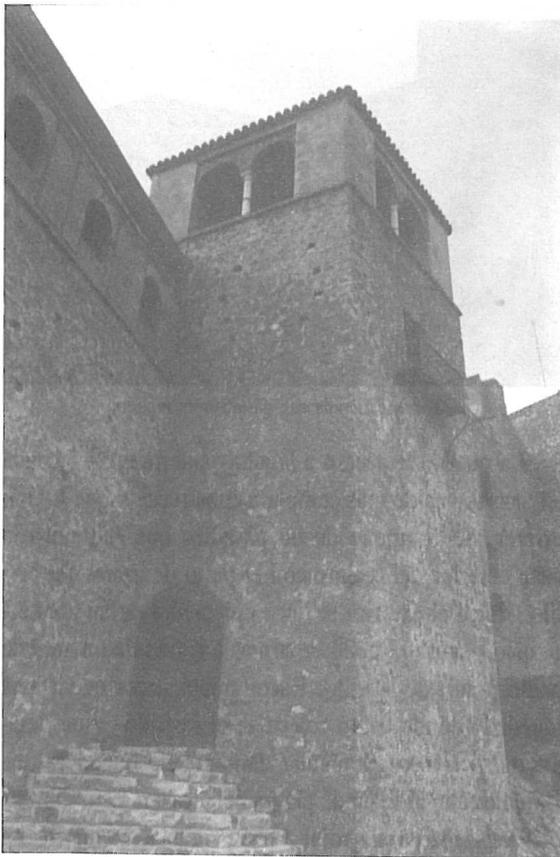
Torre albarrana con pasadizo en recodo.

La puerta de acceso a la villa –abierta en la fachada del alcázar– es de más compleja construcción que las anteriores. Se compone de un pasadizo que comunica la parte exterior del recinto con el patio de armas del castillo. Hacia el exterior se abre por medio de un arco escarzano y hacia el patio de armas a través de un arco de medio punto de ladrillo. Entre ambos arcos queda una oquedad –donde debió colocarse el rastrillo– y un desagüe de sección cuadrangular denominado buhedera que comunica con la segunda planta del alcázar. Este conducto se utilizaba para arrojar a través de él agua hirviendo, aceite u otras materias incandescentes en caso de ser atacada directamente la puerta por el enemigo.

El cuerpo superior del edificio, en la parte situada sobre la puerta de la villas, se abre al exterior a través de cuatro ventanas con arcos de medio punto de ladrillo, enmarcados por pilares dobles de moldura, también de ladrillo. La cubierta, en esta zona del edificio es de tejas árabes a dos aguas.

De la torre del Homenaje, sólo el cuerpo inferior es de época nazarí. Culmina en un cuerpo cuadrado con cubierta a cuatro aguas y sendos ventanales –hacia las fachadas norte, sur y este– abiertos mediante arcos pareados que descansan sobre una columna central o parteluz –de clara inspiración mudéjar– a manera de ajimez. Este último cuerpo fue edificado en el siglo XIX.

Al pie del alcázar se conserva uno de los dos aljibes con que cuenta la villa-fortaleza. Es de bóveda de ladrillo y se ha estado utilizando hasta hace pocos años. El se-



Torre del Homenaje.

gundo aljibe se encuentra situado en el otro extremo del recinto, en el patio de una de las viviendas adosadas a la muralla. Ambos se hallan en el centro de un patio que en otro tiempo debía estar inclinado en dirección a la abertura por donde se extraía el agua, pues se abastecían con el agua de la lluvia.

Las viviendas intramuros.

Las viviendas que constituyen la villa de Castellar, encerradas tras los muros de la fortaleza, tienen gran similitud con los conjuntos urbanos existentes en los países del Norte de África y con algunos pueblos de la serranía de Ronda y Málaga. Ocupan la totalidad de la fortaleza, dejando entre ellas calles muy estrechas, algunas plazas pequeñas y varios adarves.

Las casas más antiguas son las que están adosadas a las murallas. Con el paso de los siglos, y según lo exigían

las necesidades y la evolución de la población, se fueron construyendo en el gran patio de armas que quedaba entre el alcázar y las viviendas anexas al recinto. Tanto la morfología de las casas, como su disposición en manzanas, reflejan el estilo constructivo del urbanismo musulmán: arracimadas, superpuestas, formando adarves, con vanos pequeños, etc... Son, por lo general, de reducido tamaño y escaso número de habitaciones. La mayor parte de ellas consta de dos plantas. En la planta baja se encuentra la cocina y otra dependencia más amplia donde se desarrollaba la mayor parte de la vida diaria. A veces, ambas estancias estaban unidas. En la planta superior se sitúan los aposentos para el descanso, iluminados débilmente por ventanas estrechas o balcones muy rústicos. No existen conducciones para aguas residuales, ni para agua corriente, pues la estructura pétreo del solar impedía cualquier tipo de excavación, incluso en tiempos



Aljibe situado al pie del alcázar.

recientes. Por tanto, la mayoría de las viviendas carecen de letrinas. La solería estaba formada por ladrillos de barro rojo y las cubiertas de las casas son de tejas árabes y a dos aguas.

El aparejo es de mampostería enfoscada, primorosamente encalada. Parterres de flores, macetas variadas y enredaderas sirven de natural decoración a balcones y plazuelas.

De los edificios de la villa, dos destacan por su función e importancia social, además del alcázar, el antiguo ayuntamiento, de dos plantas, doble arco de entrada al atrio y almacenes en la planta superior que fueron en si-

glos pasados granero del pósito; y la iglesia, edificio de planta rectangular y una sola nave con el baptisterio y la torre exentos. Fue durante el período musulmán oratorio o mezquita. Actualmente se observan múltiples reformas —la mayor parte de ellas poco afortunadas— que la han convertido en un edificio de escaso interés artístico. En el año 1989 finalizó la restauración de todo el conjunto llevada a cabo por la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía. La cubierta es de par e hilera con tejado a dos aguas. Merece especial atención la algorfa o galería que, a nivel del primer piso, une el alcázar de los condes de Castellar con el edificio eclesial.

NOTAS:

- (1) Sarthous Carrerés, C. *Castillos de España*. Edit. Espasa-Calpe, Madrid, 1979, pág. 15.
- (2) Vegecio, *Instituciones militares*, Trad. de Jaime de Viana, Madrid, J. Ibarra, 1764, pág. 390 y ss.
- (3) La doble cerca, torres albarranas, fosos, etc..., aunque eran elementos defensivos utilizados por los romanos (véase: Vegecio, Op. Cit.), en Al-Andalus su recuerdo se había perdido, llegando por segunda vez la técnica de su construcción al sur de la Península Ibérica de la mano de los musulmanes, que a su vez la habían adquirido de los bizantinos.
- (4) Ortiz Echagüe, *España: castillos y alcázares*, Madrid, 1965, pág. 9.
- (5) Sobre torres albarranas, véase: Torres Balbás, L. *Ciudades hispano-musulmanas*, Ministerio de Asuntos Exteriores, 2ª Edición, Madrid, 1985, págs. 586 a 590; del mismo autor, *Crónica de la España Musulmana*, Nº 2, Instituto de España, Madrid, 1982, págs. 116 a 120; y Terrasse, Henri, *Les forteresses de l'Espagne musulmane*, Madrid, 1954, pág. 25.
- (6) Vegecio, Op. Cit., pág. 397. Sobre barbancas, véase: Torres Balbás, L., *Ciudades...*, Op. Cit., págs 507 a 531, y del mismo autor, *Crónica de la España Musulmana*, Nº 5, Instituto de España, Madrid, 1982, págs. 46 a 74.
- (7) Sobre corachas, véase: Torres Balbás, L., *Ciudades...*, Op. Cit., págs. 535 a 543.
- (8) Torres Balbás, L., *Las puertas en recodo en la arquitectura militar hispano-musulmana*, en *Crónica de la España Musulmana*, Nº 7, Instituto de España, Madrid, 1983, págs. 122 a 150, y también: Torremocha Silva, A., *Las fortificaciones medievales de Algeciras*, Algeciras, 1989, págs. 57, 61, 66 y 68.
- (9) Terrasse, H., Op. Cit., pág. 29.
- (10) Así ocurre en la llamada Torre del Reloj de la fortaleza de Jimena de la Frontera, en cuyas albanegas se conservan algunos trozos de estuco con decoración de entrelazos de color amarillo y ocre. Regueira Ramos, J., Reguerira Mauriz, E. y Mena Torres, M.A. han publicado un libro sobre Jimena en el que dedican un capítulo al estudio y descripción de la mencionada fortaleza, (Regueira Ramos, J. etc... *Jimena y su Castillo*, Algeciras, 1988).
- (11) La construcción de fortalezas y otro tipo de recintos defensivos continuará su desarrollo lánguidamente, aunque tendrá un momento de esplendor en el siglo XVIII. Entre 1721 y 1734, Jorge Próspero de Verboon redactó un proyecto para fortificar la resurgida ciudad de Algeciras con nuevas murallas, fortines, parapetos y fosos. Del período colonial se conservan en la América hispana excelentes ejemplos de fortalezas costeras.
- (12) Así aparece nombrada en el *Recuento y tasación de las defensas de la villa de Castellar de la Frontera*, Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, tomo XXVI, año 1912.
- (13) En el *Recuento y tasación de las defensas...*, realizada en 1504, se dice: "...en la barrera, que está fuera del muro, lo que está della sano hay 80 tapias que lo otro de la barrera que está acostado porque ha menester mucho reparo no se cuenta".
- (14) De similar estructura a los que se conservan en algunas iglesias románicas.
- (15) En la alcazaba de Badajoz existe una puerta, de construcción almohade, enmarcada por un arco semejante al de la torre que estudiamos, (véase: Valdés Fernández, F., *Yacimiento de la alcazaba de Badajoz*, Rev. Arqueología, Año II, Nº 9, pág. 8).
- (16) Véase el plano adjunto de la villa-fortaleza de Castellar.